

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 25 DE MARZO DE 1906

NUM. 539



POLITICA CURVILINEA

GEDEÓN.—ME PARECE, D. SEGIS. QUE NO VA USTED A SALIR NUNCA DE LA CURVA



LÉASE

Interesa á todos los anunciantes españoles

Habiendo sido suscriptas las quince mil suscripciones reembolsables de la 1.^a y 2.^a serie, A B C ofrece á los anunciantes españoles una nueva serie de diez mil suscripciones gratuitas, que serán concedidas á los diez mil anunciantes que primeramente las soliciten.

CONDICIONES

1.^a Las suscripciones reembolsables de A B C (3.^a serie) cuestan 20 pesetas al año—5 céntimos el número aproximadamente—y tienen derecho á recibir sin aumento de precio todos los extraordinarios que se publiquen.

2.^a Los suscriptores recibirán en un Bono de 20 pesetas la suma pagada por su suscripción.

3.^a El citado Bono será admitido por todo su valor, en las siguientes Agencias de publicidad:

Sociedad General de Anuncios, Alcalá, 6 y 8, entresuelo; La Prensa, Carmen, 18, 1.^o; Emilio Cortés, Jacometrezo, 50; Empresa anunciadora Los Tiroleses, Conde de Romanones, 7 y 9, entresuelo; Compañía General Española de Publicidad, Santa Catalina, 3; José Domínguez, plaza de Matute, 8, 3.^o

4.^a A cuantos publiquen anuncios en *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *Diario Universal*, *El País*, *La Epoca*, *A B C*, *Blanco y Negro*, *Gedeón* ó cualquier otro periódico ó revista de Madrid, provincias ó extranjero, les resultará, por tanto, gratis, ABSOLUTAMENTE GRATIS la suscripción por un año al interesante y popular diario ilustrado A B C, por recibir las importantes Agencias de publicidad que quedan indicadas, en pago de sus facturas, los citados Bonos como si

fuesen billetes de Banco de 20 pesetas.

5.^a Las suscripciones reembolsables de A B C (3.^a serie) sólo se admitirán por un año y podrán comenzar en cualquier día de cualquier mes del año de 1906, para terminar en el mismo día y mes del año de 1907. Ejemplo: Una suscripción que empiece el 5 de Marzo de 1906, terminará el 5 de Marzo de 1907, y así sucesivamente.

6.^a El cobro de la suscripción y la entrega del correspondiente Bono se hará á domicilio, tanto en Madrid como en provincias.

Las personas que deseen suscribirse se limitarán, por tanto, á remitir á la mano, ó por correo desde provincias en sobre abierto, con un cuarto de céntimo, el Boletín de suscripción á las siguientes señas: *Diario A B C, Serrano, 55, Madrid.*

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(REEMBOLSABLES 3.^a SERIE)

D.

que vive

núm. cuarto

Población

Provincia

se abona por la suma de veinte pesetas á una suscripción reembolsable de A B C desde el día de

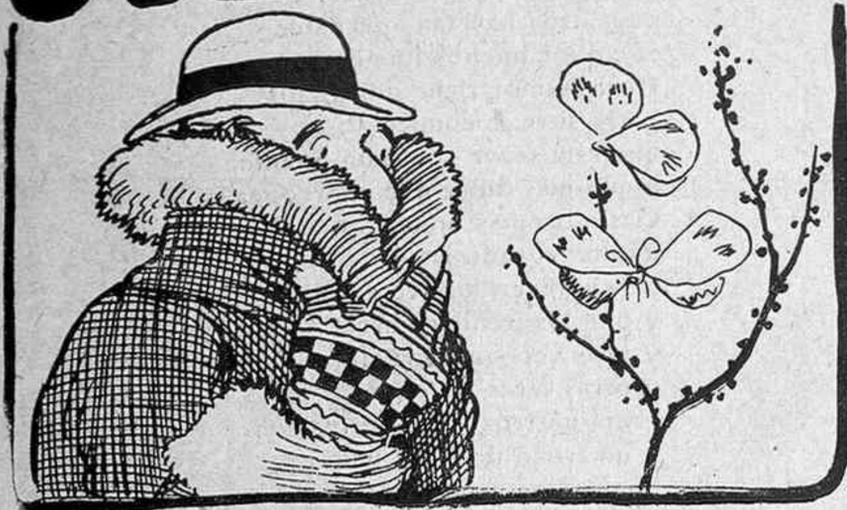
de 1906.

¿En la actualidad es suscriptor de A B C?

(Indíquese SI ó NO)

Y en caso afirmativo, el número de la suscripción.

JUEVES DE GEDEÓN



Calínez, Calínez, una buena, una excelente noticia.
¡Ya tengo mi hombre!

—Lo celebro tanto, Gedeón; pero deberías tener tu mujer. Todo el mundo se casa, y en los personajes como tú, un celibato demasiado sostenido no hace buen efecto.

—Bien, Calínez, ya hablaremos otro día de mi matrimonio. Es posible que tengas razón y que deba decidirme á estrechar el santo é indisoluble nudo. Pensaremos en ello; pero hoy déjame decir, con el alma llena de alegría, que tengo mi hombre.

—¿Y quién es tu hombre, si se puede saber?

—¡Quién ha de ser, Calínez! El gobernante más gedeónico y el político más fantástico que hemos gozado en España.

—No digas más: Moret.

—El mismo. Me tiene encantado, ébrio de placer, loco de entusiasmo. Yo soñaba hace tiempo con un representante de la gran política gedeónica, pero nunca creí que había de hallarlo tan dentro del tipo, tan adaptado á las condiciones que le señalaba mi imaginación, como lo está el maravilloso presidente del Consejo. Dicen por ahí sus enemigos que Moret gobierna en nombre y por delegación de Maura. ¡Cuán equivocados están! Gobierna en mi representación. Yo soy el Presidente del Presidente. El Estado somos yo y Luque. ¿No te gustó mchísimo, Calínez, la última crisis que no era crisis? ¿Verdad que sí? Pues fué obra mía.

—Anda, anda, te salió de perlas.

—¿No me había de salir, con un primer actor como D. Segis y ocho moluscos como sus ocho compañeros? El éxito felicísimo era indiscutible.

—¿Y cómo preparaste la representación?

—Verás, Calínez. Apenas se aprobó la ley de las jurisdicciones como les robaron á los segadores gallegos del cuento, ó sea porque estaban solos, fui á visitar á D. Segismundo y le dije: «Ea, ya parece que ha salido usted de la curva; ahora, para distraer á la gente democrática y quitarle el mal sabor de boca que haya podido dejarle esa ley (¡á cualquier cosa llaman chocolate las patronas!), sería muy conveniente un efectito. ¿Y qué efectito mejor que una crisis? En el tablado de la política no se conoce otro que cause más impresión al público.»

—¿Pero cómo íbais á preparar una crisis habiendo

conseguido el Gobierno que la mayoría votase una ley que no era de nadie?

—Pues por eso mismo. En vista de que la mayoría estaba con el Gobierno votando una ley que no era obra de éste, Moret tenía que presentar su dimisión y la de sus ocho moluscos. Figúrate que en vez de dar esa prueba de cohesión y de disciplina, los senadores y los diputados liberales votan contra el Gobierno ó contra la ley que éste no había hecho; pues entonces, nada, el Gabinete hubiera seguido tan tranquilo, sin que se produjera la crisis gedeónica que hemos tenido el honor de representar.

—¿De suerte que Moret aceptó en seguida tus indicaciones para el efectito?

—No tan en seguida, Calínez. La crisis teatral, que algunos han llamado buta, le pareció, naturalmente, admirable. ¡Buen cuidado tuvo de advertirme, para que no me enorgulleciese con toda la paternidad de esta tontería, que desde hace dos meses estaba él declarando en las Cámaras que, apenas se aprobara la ley de Luque, plantearía la crisis! Ahora bien, le espantaba el efecto que ésta había de causar entre sus ocho moluscos, porque algunas señoras ministras habían encargado trajes á París con objeto de lucirlos en las próximas fiestas palatinas. Además, García Prieto, Luque, Gasset, Salvador, Santamaría de Paredes, habían manifestado repetida y públicamente su propósito de dimitir apenas se votara el engendro; ¿y cómo se le dice á un ministro que quiere dimitir, «dimita usted», sobre todo si su señora se ha encargado un traje á París?

—Claro está. Comprendo las vacilaciones de don Segis.

—Sin embargo, el efectito gedeónico se imponía; así es que yo, por encargo de Moret, fui recorriendo los Ministerios y diciéndoles á los moluscos respectivos: «Van ustedes á dimitir, pero sólo de mentirijillas. No se trata de dejar las poltronas, no señor, nada de eso, sino de salir por una puerta y entrar por otra. Pueden ustedes decir á sus señoras que encarguen un traje más á París, y hasta otro hermanito si gustan.»

—¡Qué felices, qué contentos se quedarían los hombres!

—Pues mira: Gasset, sólo del susto que le produjo la palabra dimisión, se metió en la cama con un cólico hidráulico. En fin, ya todo convenientemente preparado y hábilmente dispuesto, se presentó el hombre D. Segis en las Cámaras y les soltó un discurso lacrimoso despidiéndose de la mayoría y de los chicos de Maura como si saliera para un largo viaje. Hubo senadores ministeriales, como D. Cándido Lara entre otros, á quienes se les encontró llorando en un rincón afectadísimos por las elocuentes palabras del jefe, y logrado ya este éxito de candidez y llanto, Moret planteó la crisis, que no era crisis.

—¡Qué presidente tan efectista!

—En suma, que la cosa salió como una seda, y ya al día siguiente se había resuelto el terrible proble-

ma político continuando Moret con la Presidencia, los moluscos con sus carteras y las ministras con sus modistos parisienses. El efectito se había conseguido con todo género de circunstancias agradables, y yo abracé á Moret, declarándole insustituible para realizar tonterías y gedeonadas. Desengáñate, Calínez, es mi hombre. Jamás ha existido un político tan capaz para los solitarios y los disparates.

—Sí, sí, no he de negártelo; á mí también me parece un hombre encantador, versátil, ligero, insustancial, efectista, tal como puede soñarlo un país para su felicidad completa. ¡Qué cosas va á hacer ahora que, según cree, ha salido de la curva (si bien no ha debido salir del todo, puesto que sus compañeros de Gabinete, al plantearse la crisis que no era crisis, hicieron la rosca), qué progresos democráticos nos esperan, qué reformas radicales tan necesarias y halagüeñas para la nación! ¡Y qué trajes los de las ministras! ¿Pero tú crees que no cederá D. Segis en su adorable gedeonismo?

—¡Qué ha de ceder Calínez! Te digo que es mi hombre. Hecha la rosca ministerial, como tú insinúas, reunió nuevamente el Parlamento para explicarle la crisis que no fué crisis, y no explicó nada, ni permitió que nadie le pidiese explicaciones. ¿Quieres todavía gedeonismo más absoluto?

—No, no; me has convencido. Cuidale bien; jamás encontrarás mejor contrafigura.

—Así es que sus más leales amigos de la mayoría están con él que bufan, y no se hartan de apodarle cosas feas.

—A eso dirá Maura: «asi se gobierna.»

—De modo que cuando se abran nuevamente las Cortes, no contará ni con un solo voto liberal.

—¡Qué político más previsor y más admirable!

—Y como él no ha de presentar proyectos de ley suyos, se los aprobarán, si acaso, los mauristas; de suerte que la permanencia en el Poder de los liberales no puede ser más sutil á la nación ni más gedeónica.

—Nada, no te canses. Mi enhorabuena cariñosísima. ¡Ya era hora de que se hiciese justicia á tus méritos!

—¡Ay, Calínez, sólo un resquemor me desvela! Dios da más de lo que se le pide, y Moret supera á todas mis esperanzas. ¡Moret es más vacío que yo!

—¡Ca, hombre; si Romanones acaba de declararle de Real orden hombre superior á la altura de Cánovas y Castelar!

—Pues por eso, Calínez, por eso. Si alaba su talento Romanones, ¿qué más pruebas deseas de su inutilidad? ¡Nunca me creo yo más Gedeón que cuando me ensalzas tú!



Otro romance clásico

(VAMOS AL DECIR)

Así como los nublados
nay veces que se descorren
para que por un momento
los rayos del sol asomen,
así también se desgarran
las tristezas de los hombres
por dar paso á la alegría,
que es el mejor de los dones

Ya da al olvido don Segis
sus recientes sinsabores,
y está alegre como nunca
con su destino conforme.
Los suyos miran contentos
este cambio que operóse,
pues nada hay tan agradable
como los buenos humores.
Buen humor tiene don Segis.
¡vaya si se le conoce!
que está suave como un guante
y aún más dulce que el arrope.
Gasta bromas inocentes,
da con agrado las órdenes,
ríe sin tener motivo
y por los pasillos corre;
y unas veces en voz alta
y otras veces *sotto voce*,
canta un trozo de *Marina*
y un trozo de *Il Trovatore*
Tiene para estar contento
muy poderosas razones,
y en su caso cualesquiera
también sintiérase joven.
Pudo aprobar buenamente
su ley de jurisdicciones,
que salió, si bien enteca
sin necesidad del forceps;
y cuando, con cierto *canguis*,
dió cuenta de sus gestiones,
le confirman los poderes
porque su vida prolongue.
¡Qué alegría la alegría
de ciertas prolongaciones!
¡Cómo gustan, si son éstos
los mandatos superiores!
Buen humor tiene don Segis
¡vaya si se le conoce!
que está suave como un guante
y aún más dulce que el arrope
Con superior apetito
se sienta á la mesa y come
huevos pasados por agua
y un trozo de carne enorme;
riega la carne y los huevos
con frecuentes libaciones,
y toma queso de bola,
y unas manzanas, de postre
Luego una taza le sirven,
y de rato en rato sorbe,
de café con buena leche,
por más que las hay mejores
Y una copa, en fin, apura
que rebasaba los bordes,
de un buen cognac «tres estrellas»
quiere decirse, en funciones
Ya satisfizo del cuerpo
la necesidad innoble,
ya dió pasto á la materia
que al espíritu socorre:
pues que en esto son los genio
y los seres inferiores
iguales exactamente,
salvo en las cosas que comen...
Y aún hace de sobremesa
tres chistes muy superiores;
que los chistes son ayuda
de las buenas digestiones
Buen humor tiene don Segis,
¡vaya si se le conoce!
que está suave como un guante
y aún más dulce que el arrope
Pide después que en seguidá
le saquen el uniforme,



MALA FAENA

LA MINORÍA Y CASI TODA LA MAYORÍA.—¡FUERA, FUERA! ¡VAYA UN GOLLETAZO MAS INDECENTE!

y con más ansia que nunca
 con rapidez se lo pone,
 después de besar con mimo
 la casaca y los calzones,
 el espadín y el sombrero;
 lo que á los suyos chocóles.
 No extrañéis, que yo no extraño
 tan cariñosos transportes...
 ¡Qué eran para él esas prendas,
 sus dulces prendas, entonces!
 Ya está vestido de gala,
 ya toma asiento en el coche,
 que, con su carga dichoso,
 cruza Madrid al galope.
 Ya está dentro del Congreso,
 donde á acabar se dispone.
 la magna y primera etapa
 de su Gobierno *in utroque*.
 Sube, al fin, á la tribuna,
 y sereno, airoso, noble,
 da lectura del decreto
 suspendiendo las sesiones;
 la que, apenas terminada,
 produce gritos, rumores,
 palabras un poco fuertes
 y leves increpaciones.
 Y hasta sus propios amigos
 censúranle á grandes voces,
 quizá aludiendo á su banco,
 pues de oro y azul le ponen.
 Su primer banderillero
 le echa oportuno un capote;
 más él á nadie contesta,
 que no está para esos trotes.
 Y mientras se oyen los gritos
 del conde de Romanones,
 él, del salón se retira
 con el gesto de los dioses.



LA CRISIS DE LA CURVA

Don Segis está de enhorabuena. Ha terminado el penoso recorrido de la curva. Desde hoy, según dice el propio cosechero, se lanzará á setenta kilómetros por hora en la línea recta de la democracia, sin detenerse en ningún apeadero, aunque le hagan señales los mauristas.

Este D. Segis, que se ufana de ser estadista á la española, pero con la cabeza á la inglesa, es realmente curioso.

—¡Dejadme—decía en actitud seráfica—apurar hasta las heces este amargo cáliz de las jurisdicciones, y yo os digo que Canalejas á mi lado va á parecer un latifundio de la reacción!

Y, efectivamente, D. Segis se nos apareció como una víctima propiciatoria.

Todo el mundo se preguntaba: ¿pero quién obligará á este hombre á sostener contra su voluntad un proyecto que él mismo dice que repudia?

Y, sin embargo, nadie mostró más empeño en que saliese victorioso.

Se retiraron los republicanos.

Se retiraron los regionalistas.

Se retiraron los integristas; mejor dicho, se retiró Necedal, que constituye toda la minoría.

Se retiraron los carlistas.

Y se retiró también, aunque nuestro ilustre jefe, enemigo de toda exhibición, no lo hiciese constar, la

minoría gedeónica, que tan dignamente representan Gedeón y su perro. El perro protestó elocuentemente, ladrando todos los discursos de los individuos de la Comisión y haciendo lo suyo sobre varias enmiendas.

—Este es el momento—dijo D. Segis;—y ya que estamos en familia, ayudadme á salir de la curva.

Y D. Segis, así que vió aprobado, con dolor de su corazón, que conste, el famoso y rancio proyecto, dejó caer abatidamente su cabeza sobre el hombro de Romanones y exclamó:

—¡La hemos votado, querido conde!

Como el gran estadista es un hombre muy á la moderna, dijo:

—Ya que acabamos de cometer una barbaridad, presentemos la dimisión.

—¿La dimisión? Y el espanto detuvo la servicial sonrisa de los consejeros.

D. Segis no pudo menos de decir:

—¡Vaya, tranquilizáos, se trata de una broma nada más. Pero es forzoso que simulemos un medio *mutis* como en el teatro. ¿Comprendéis?

—Yo ni en broma—dijo Santamaría—me atrevo á soltar la cartera.

—Ni yo—agregó el de Marina,—y eso que voy á tener que embarcarme, cosa que me molesta mucho.

—Os digo—exclamó D. Segis,—que vamos á dimitir por pura fórmula, á jugar á la crisis. Dejadme vuestras carteras unos minutos. Yo no hago más que dar un paseo por la plaza de Oriente y vuelvo en seguida.

Y D. Segis, arrogante, salió de la Presidencia.

—Yo, no comprendo una palabra—dijo uno de los consejeros.

—Ni yo; ¿á qué viene esta salida de D. Segis-mundo?—agregó otro.

—Debe ser muy inglés el procedimiento... y ya saben ustedes que nuestro jefe es un admirador de los ingleses—añadió Concas.

—Una crisis de verdad en estos momentos—aseguró el de Gracia y Justicia—hubiera sido una perturbación.

—¡Naturalmente, Manolito!—confirmó muy satisfecho el de Marina.—¿A quién se le ocurre ahora proponer una tontería así? ¿Cuándo se me iba á presentar otra ocasión para lucir mi uniforme delante del Kaiser? ¡Nunca!

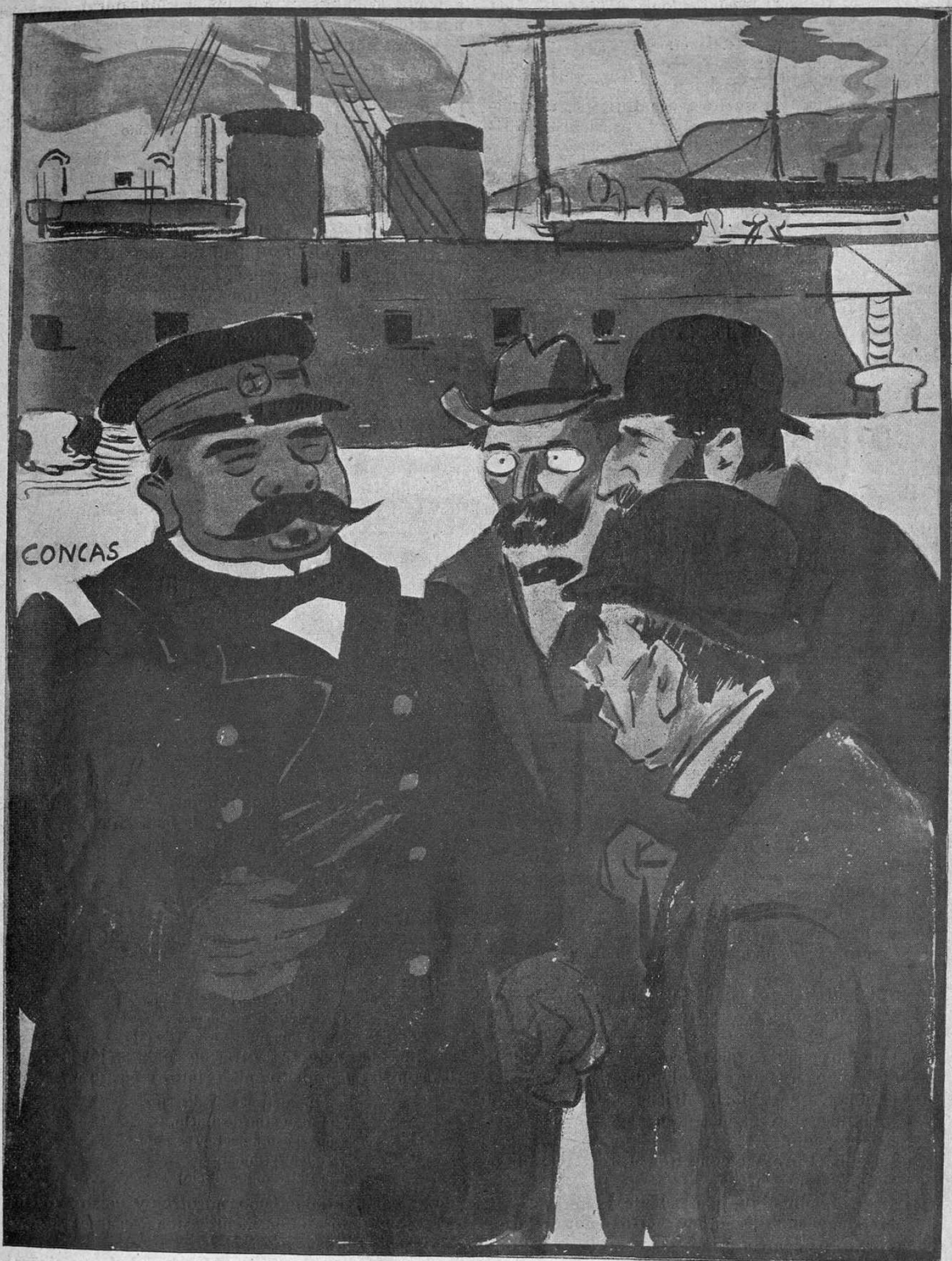
—¡Y luego, ya saben ustedes lo que son las mujeres!—dijo Manolito.—¿Cómo iban á renunciar las nuestras á un placer tan legítimo como el de lucir sus *toilettes* precisamente cuando se preparan tantos acontecimientos? ¡Soy yo capaz de consentir por mi parte que se aprueben no uno, sino tres proyectos de jurisdicciones, primero que entrar en mi casa con cara de ministro dimisionario.

—¡Es natural, hombre!—contestó Santamaría.—Y luego, que se mete uno en gastos. Por ejemplo, yo, ¡pues me he tenido que encargar un frac, porque el que tengo se lo saben ya de memoria hasta los estudiantes!

—¿Y en mi casa?—exclamó García Prieto.—No se habla más que de Paquin, de Buzenef, de Bernard.

—¿Quiénes son esos?—preguntó Concas.

—¡Modistos de París, hombre!—contestó el de Gracia y Justicia.—Me dan más que hacer esos modistos que el ministerio de Gracia y Justicia. Pero ya está aquí el jefe.



PERIODISTAS EN TIERRA

UN PERIODISTA.—¿DE MODO QUE NO HAY PASAJE PARA NOSOTROS?

CONCAS.—COMO NO QUIERAN USTEDES VENIR EN UN BARCO DE GUERRA...

UN PERIODISTA.—¡LAGARTO. LAGARTO!... ESO SERIA EMBARCARNOS EN EL ARTICULO 7.º

Todos le rodean, preguntándole á coro qué ha pasado.

D. Segis, sonriente, exclama:

—¡Dadme un viva!

Todos.—¡Viva D. Segis!

—Sí, hijos míos, resuelto el asunto; estad tranquilos, nadie turbará vuestros respectivos sueños ministeriales. Y ahora estoy decidido á emprender activamente una labor democrática, amplia, libre, y como enamorado que soy del Parlamento, la primera determinación que voy á tomar es la de cerrarlo. ¿Qué os parece?

Todos.—¡Admirable!

D. Segis.—Con el Parlamento cerrado, que nos entren moscas y que se nos presenten curvas.

Concas.—¡Qué talento tiene este hombre!

Santamaría.—¡Y qué inglés resulta todo esto!



¡El papel vale más!

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Sobre la mesa encontramos un libro, que alguien dejó conociendo nuestras aficiones. Se titula *Recuerdos clásicos*; lo ha escrito Rafael Abellán, y lleva de refuerzo un prólogo de—¡horror!—del conde de Casa Valencia, de perenne memoria.

Volvemos la primera página en blanco, la mejor del libro, y nos sale al encuentro el propio Abellán en un fotograbado, hecho como puede tocarse el acordeón; vamos, de oído. Una mancha indiscreta le hace intransitable la nariz, y el Sr. Abellán, sin duda por tan sencillo accidente, aparece enojado y con el entrecejo duro. Sin embargo, la graciosa raya con que parte su peinado en dos ondas pérfidas, nos previene favorablemente.

Dice el conde prologuista que estos *Recuerdos clásicos* «son poéticos al par» que interesantes cuadros de Grecia y Roma.

«Describe en esta obra—sigue el conde—con gracia culta *Las fiestas de Corinto*, y menciona á las muy bonitas—el conde las piropea lo mismo que si se las encontrara en la calle—Lais, Glicería, Aspasia, Bachis, Lanisa, Corina, etc., que con su ingenio y belleza tanto contribuían á la brillantez de aquellas diversiones.»

No le ha faltado al conde más que decir que rayaban á gran altura, para parecerse á quien ustedes saben.

¡Y que un caballero que escribe así sea académico!

Después nos asegura el prologuista, bajo su palabra de honor, que Aníbal, Alejandro, Julio César y Napoleón han sido los más grandes y mejores guerreros del mundo.

Y termina el prólogo con otra sorpresa: «el poeta nace y el orador se hace».

¡Qué profundidad de pensamiento!

Con un zaguán así, sentimos cierto temor de introducirnos libro adentro.

«Abellán, Abellán», nos preguntamos varias veces para ver si nos suena; al principio nada, no damos con el hombre, pero después de un ligero espurgo de recuerdos, la memoria nos sirve los antecedentes necesarios: Rafael Abellán es autor de una revistita que se titula *La bodega del diablo*. ¿Si este libro que

tenemos delante será una inspiración del demonio? nos decimos.

Vamos por partes.

El autor, en un prefacio «oportuno», como le llama el de Casa Valencia, se duele de que hoy, cuando invade el venal materialismo las esferas más puras, goza el alma de hermoso paroxismo.

¿Han visto ustedes? ¡Por vida del paroxismo!

Y á continuación dice que el modernismo es un espíritu obcecado y que el arte nuevo es una absurda extravagancia.

Pero ¡ah! que Abellán no se rinde; Abellán es fuerte, y lanzando una fulminante mirada de desprecio, en un sublime arranque coge la lira, la templea y se sale por griegas y romanas como un hombre.

Tiene razón.

Y en este ambiente que mi sér rodea, perdonando el modo de señalar, el clasicismo pulsará mi lira,

ó lo que es lo mismo: ¡Vaya por ustedes!

Y adelante.

El poeta nos transporta á Corinto, gracias á su lira, que viaja más que Gasset.

Y hablando de sus fiestas, como quien escribe una revista de salones, nos dice que asistían

El general espartano,
que era admiración del mundo;
el mágico tesaliano,
el potentado nubiano (!)
y el filósofo profundo.

Vamos, el *todo* Grecia; como ahora se dice, el *todo* Madrid.

El poeta, el gran cantor,
el músico y el pintor,
ese gigantesco atleta

¿Cuál?

que sueña como el poeta,
y á veces mucho mejor.

¡Según! Los hay que roncan, y tan... atletas.

Y ahora vean ustedes el mujeriego que iba á última hora y cenaba en Corinto, de la lista chica:

Lais, la gentil cortesana,
que entre gasas parecía
la risa de la mañana;
Glicería, rosa temprana,
que con Venus competía.

Prueben ustedes á cantarlo por guajiras y sale, pero cómo, clavado.

¡Ah! también iban

Bachis, gloria del edén,
que envuelta en blanco cendal
como una nube en vaivén (!).

El poeta enumera á otras agradables jóvenes, todas con su buen pisito en Corinto, y asegura

Que después de disertar
con muy atinado juicio,
empezaban á cantar,
y solían terminar
con deleitable bullicio;

que es como terminaríamos nosotros y nuestros oyentes si leyésemos públicamente estos *Recuerdos clásicos*.

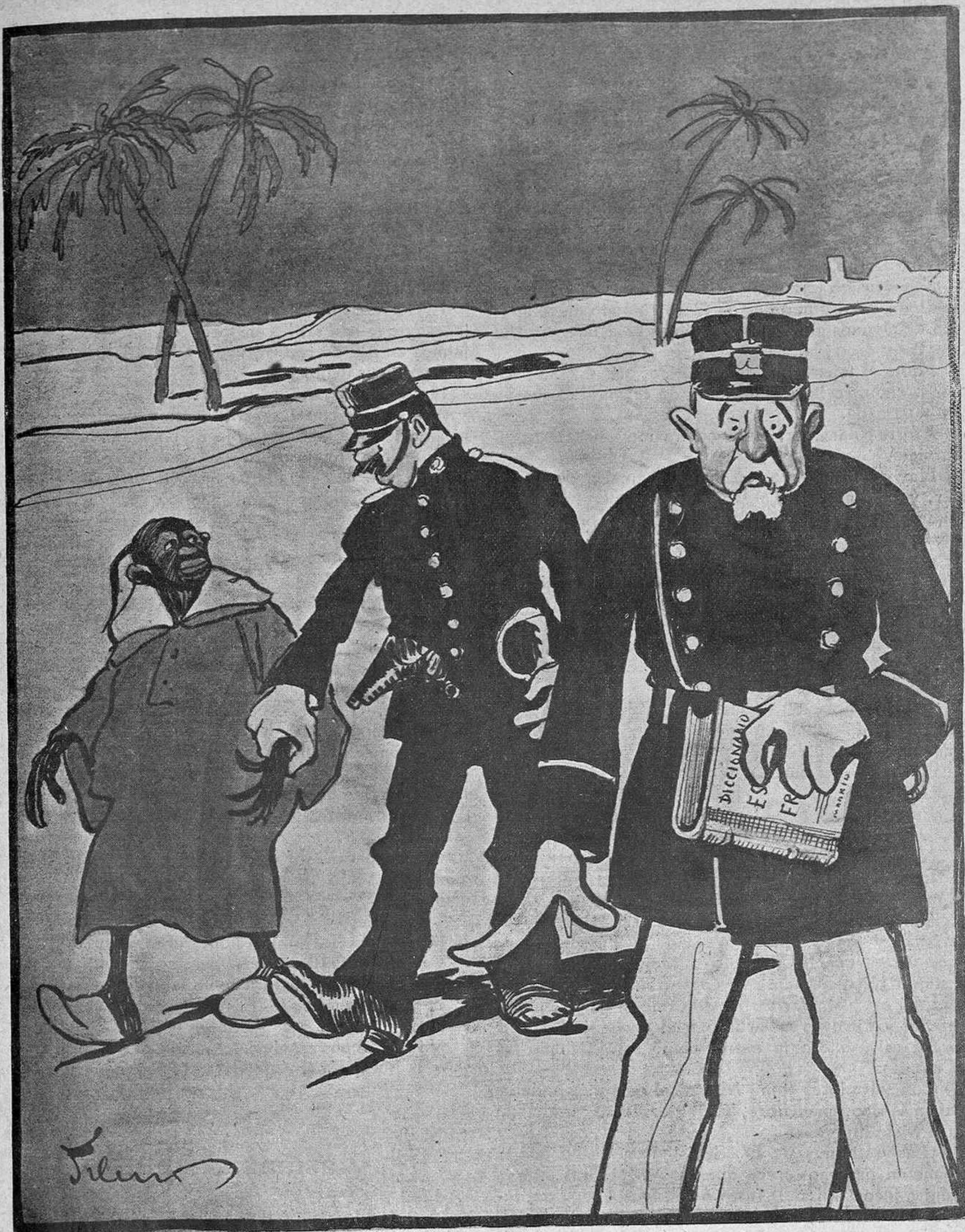
¿Cabe nada más deleitable?

Pero Abellán es un vivo. Nosotros le hemos tañao.

El hombre va y termina sus *Recuerdos* con la siguiente declaración:

Hay que sufrir con ánimo tranquilo
de la censura el fallo más severo.

¡Sí, amigo Abellán, hay que sufrir!



REFORMA BIENFAISANTE

LA POLICÍA AU MAROC

EL GUARDIA ESPAÑOL.—NINCHI... TIRA P'ALANTE... ¡A LA DELEGA!

EL IDEM FRANCÉS.—(Tirando de diccionario.) ¿NINCHI?... ¿DELEGA?... ¡JE NE COMPREND PAS!

LAS VESTIDURAS

Moret, según sus propias palabras, se ha dejado jirones de sus vestiduras democráticas entre las zarzas del camino durante la discusión de la estúpida y reaccionaria ley de las jurisdicciones.

Esos jirones serían seguramente los últimos, porque las vestiduras de D. Segis hace muchísimo tiempo que se caían á pedazos.

Todo el país le ha visto diversas veces en cueros y tratando de cubrir inútilmente sus carnes con los trapos y los tropos retóricos que constituyen su único guardarropa.

Mientras no le zurzan á la medida esa ley contra la difamación, que pide con tanto empeño en compañía de algunos generales, D. Segis será una especie de Lady Godiva.

Hasta el taparrabos democrático, que era su mejor prenda, se ha desfilachado de tal modo, que ya no tapa nada.

Afortunadamente, tampoco era muy necesario su servicio.

Hay quien bromea con la indumentaria de Weyer, y D. Valeriano, al lado de Moret es, si no precisamente un gomoso, por lo menos un hombre bien vestido.

¡Qué desnudez tan lamentable la del antiguo jefe de la democracia monárquica! ¡Qué flaco está el infeliz de ideas! ¡Cómo enseña los huesos mauristas!

¡Terrible es que, por exigencias del vivir, las bailarinas ancianas y esqueléticas tengan que continuar vistiendo la malla cuando ya se fué su juventud y desaparecieron sus encantos!

La contemplación de sus desgarbadas piernas, que fueron un día asombro de escultores, pone ahora de mal humor al público, el cual acoge con brutales risas piruetas que quieren ser gracias y resultan tropezones.

Pues el actual presidente del Consejo es así como la bailarina más flaca y desmedrada que tenemos.

No levanta una pierna sin dar un tropezón.

Dijo con un *flin flin* que la autonomía era la paz, é inmediatamente se perdieron las Colonias.

Vino á las tablas del Poder con el tonelete democrático, y nos ha bailado la ley de las jurisdicciones, que arrasa cuanto el espíritu liberal había logrado estatuir trabajosamente en nuestra nación.

¡Y á ese *matalaaraña* incalificable lo llama el hombre de los jirones salvar la patria!

Sí; salva ahora la patria como salvó antaño las Colonias.

Con salvadores como Moret, el país más poderoso, más rico, más libre, más floreciente acaba en una triste hipoteca.

¡Las vestiduras de D. Segis! Por mucho que se afane en hacernos creer que esas vestiduras eran la túnica inconsútil del Justo ó la augusta toga del legislador romano, todos sabemos que consistían realmente en un traje de Pierrot revendido en las Américas.

¡Y tal estaba ese traje, que su dueño no pudo ni pignorararlo!

¡Dice que se ha dejado jirones de él en el camino!

¡Será preciso desinfectar las Cámaras!

¡Oh lamentable decadencia! ¡Oh mísera desnudez de un hijo predilecto de la Revolución, al cual le azotan ya Maura y Luque sin tener que levantar fal-

dones ni descenir ropas! ¡Y qué ángulos muestra mientras le azotan!

Apartemos los ojos con horror y venga á taparlo todo la consabida y acreditada ola moretista. Si, venga la ola de las grandes solemnidades y cubra con sus espumas de jabón barato el cuadro misérrimo que ofrece ese hombre desnudo de todo y que aún piruetea como una danzadora envejecida y descarnada.

Venga la ola sobre tantos pasteles, tantas abjuraciones y tan poca dignidad política, y arrastrando en su vorágine á D. Segis, introdúzcalo de una vez en el vientre de Maura, como á Jonás en el vientre de la ballena.

Enciérrese allí el desnudo gobernante con las ocho lapas que le han salido en forma de ministros, y déjenos en paz de retórica, de lamentos femeniles y de vestiduras democráticas.

No creemos ya ni en sus jirones.

Mal se le puede desgarrar el traje al que no viste ni siquiera una modesta hoja de parra.

Cuando se ha perdido por completo la castidad política, no hay para qué excusarse diciendo que le han desnudado á uno en el camino.

Se presenta la piel al público sin buscar pretextos ni atenuaciones, y eso tiene, al menos, el mérito de la valentía.

Así triunfó Friné de sus acusadores, y aunque D. Segis no esté ya para tales enseñanzas, todavía es posible que obtenga el aplauso de D. Buenaventura Abarzuza, que ha sido también demócrata.

En fin, he ahí un hombre, nos referimos á Moret, que tiene la confianza de la Corona, de la mayoría parlamentaria y de las ocho lapas con cartera, y que no tiene ropa que ponerse.

Gedeón se presta galantemente á recibir todas las prendas usadas que se le remitan con destino á cubrir las desnudeces del actual presidente del Consejo.

¡Hagan nuestros lectores la caridad de enviarnos las americanas, los chalecos y los pantalones que desechen, para vestir á un pobre demócrata vergonzante que dejó desgarradas sus vestiduras en el camino!

Consigamos al menos que no se le vean las dos jurisdicciones. La pública honestidad así lo exige.

También admitiremos papeletas de empeño, aun cuando estén tan vencidas como la democracia.

Los pantalones se los pondrá Maura, como de costumbre.

No admitimos tapabocas; porque si á Moret se le tapa la boca, ¿qué le queda?



... y armas al hombro

Al fin!

Así dijo, dando un enorme suspiro de satisfacción la tarde del 20 del actual, el Excmo. é Ilmo. señor D. Segismundo Moret y Prendergast, presidente del Consejo de ministros.

Esa tarde se aprobó al famoso y nunca bien ponderado proyecto de las jurisdicciones, y su aprobación justificaba el grito y el suspiro de D. Segis.

¡Como que el pobre creyó que no llegaba nunca el anhelado momento!

¿Cuánto tiempo ha tardado el terrible proyecto en

sufrir la indispensable transformación parlamentaria para convertirse en ley?

¿Quién lo sabe!

Su origen, como el de tantas otras cosas inútiles y perjudiciales, se pierde en la clásica noche de los tiempos.

Pero, al fin, ya hemos terminado de hablar de este asunto.

¡Enfoncé la Conferencia de Algeciras!



Conviene apuntar este detalle, para que los historiadores del porvenir lo aprovechen á su gusto.

Esa obra reaccionaria, suscrita y apadrinada por un Gabinete liberal, se aprobó el martes.

¡Martes; mal día!

¡Hasta el calendario ha querido protestar del atentado, colocándole en una de sus fechas consideradas como nefastas!

¡Libertad, libertad querida!—como se lee en los antiguos himnos dedicados á sus conquistas.—¡Tú eres inmortal, á pesar de todo!

Pero—y este añadido es por nuestra cuenta—recuerda el antiguo refrán, que ahora se te puede aplicar con justicia:

«En martes, ni te cases con los conservadores, ni te embarques con los liberales.»



Mas no sólo el calendario, la propia mamá Natura ha querido protestar de un modo contundente del atentado que perpetró D. Segis.

El día 20 nevó con una asiduidad impropia de una nevada netamente española.

Y al ver caer los copos, Gedeón no pudo menos de pensar en su simbolismo.

¡Nos han copado!

Como era natural, el termómetro descendió bastantes grados.

¿No era lógico y oportuno este descenso?

Fué, sin embargo, bastante paradógico.

Teníamos menos grados en la atmósfera, y más grados en la ley.



El caso fué, naturalmente, comentado por nuestros queridos colegas, víctimas propiciatorias del mal humor del primer Gobierno que se dedique á hilar delgado, aplicando el nuevo Código penal.

Se hicieron las consiguientes frases á propósito de la nevada y de las jurisdicciones.

Y hasta un periódico se atrevió á escribir lo siguiente, que no creemos, en verdad, muy propio en sus columnas:

«La Naturaleza imita al Gobierno, retrocediendo.»

Sí. Es verdad. En la política y en la atmósfera, esto ha sido una pequeña resurrección del invierno en primavera.

Mejor será decir que la nevada y el proyecto han sido dos humoradas... á la inversa.

El maestro Campoamor definió el humorismo como un «Carnaval reentrante en la Cuaresma.»

Definámoslo al revés para este caso particular: «una Cuaresma reentrante en el Carnaval.»



Como D. Juan Tenorio se salvó por doña Inés y con doña Inés, según ella misma le había anunciado,

«O con él te salvarás
ó te perderás con él.»

D. Segis se ha salvado con esta ley y por esta ley, según ya sabíamos todos.

Una diferencia notable en contra de este pobre D. Juan de última hora, á más de lo deplorable y ruinoso de su estado: este Tenorio no se ha enmendado, porque no tiene enmienda.

Y el punto de contrición lo aprovechó para entonar en el Congreso y en el Senado un aria justificativa que no tenía justificación ninguna.

En ella se permitió compararse á Castelar cuando declaró que salvaría la Patria antes que todo.

No nos convenció.

Al contrario, nos hizo pensar con pena en esos desgraciados jugadores que tienen que levantar un muerto para llevarse alguna cosa.



Pero creará de veras D. Segis que ha salvado algo sacando á flote esa ley con ayuda de vecino?

¡Adiós, Salvador!

Lo único que ha salvado ha sido la pelleja.

Y eso porque en la política, como en la vida misma, hay quien quiere vivir, sea como sea y á pesar de lo que de él se diga.

Nunca creímos nosotros—y por eso no nos sorprende su decisión—que Moret fuera un filósofo.

Pero ahora ha convencido á los que pensarán que lo era.

D. Segis ha dicho en latín—lengua que por ser muerta le corresponde:—*primus vivere deinde philosophare.*

¡Adiós, primus...!



Con que la cacareada crisis, tantas veces anunciada y detenida, se ha resuelto sin derramamiento de sangre.

Sólo ha sido una fórmula, y bien puede decirse que D. Segis la ha planteado por cumplir.

Con razón titulaba el *Heraldo* su información del caso, «Crisis, sin crisis.»

Esto es; lo que dice un crítico de teatros para defender las obras modernas:

Un plato de ternera, sin ternera.



No sale nadie.

Todos los ministros continúan en sus puestos respectivos.

Hace poco, éste y el otro y el de más allá habían presentado la dimisión, y sólo por no producir un conflicto al Gobierno se esperaban hasta que se votara el proyecto de las jurisdicciones.

¡Hoy todos están contentos y retiran su enojo, aunque no han variado las circunstancias!

¿Por qué causa?

Ni la sabemos, ni nos importa.

Lo cierto es que el Gabinete sigue igual, aunque con el polvo en los rincones.

¡No han barrido!

¡Cualquiera entra!

I FEROCI ROMANONI

(LA ÚLTIMA CRISIS)



EL MINISTERIO SALIENTE



EL MINISTERIO ENTRANTE